

EL CRISTALAZO



Rafael Cardona
racarsa@hotmail.com

El derecho de filtrar

Quien desea perjudicar a alguien, con cualquier intención, llama al periodista de su confianza y le suelta toda la información. Es un éxito periodístico, una exclusiva; una primicia, pero también un golpe político desde la sombra

De acuerdo con algunos, el periodismo es una labor personal, casi romántica. Un hombre en pos de la verdad en el tiempo de su vida y su entorno. Para otros, es oportunidad de relacionarse con gente famosa, importante y rica, con la esperanza de ser así algún día. Para algunos más, es el fácil camino a la influencia y la riqueza, como dócil altoparlante de los intereses de quienes los patrocinan. Son los beneficiarios de las "filtraciones", mecanismo de inducción; pocas veces de información completa. Y en esta última conducta se mueve la mayoría de los célebres personajes de nuestro periodismo contemporáneo. No son ni investigadores sociales, ni mucho menos grandes oficinistas del diarismo. Son empleados a la sombra de policías (no importa el rango), funcionarios, capos de distinta laya y diferente intención, pero a fin de cuentas no son ni con mucho personas con independencia; mucho menos credibilidad.

En días recientes la Procuraduría General de la República deslizó una intención de llamar a algunos colegas a declarar para esclarecer el origen de las filtraciones por ellos publicadas, en estas fechas recientes, donde la guerra contra la delincuencia también se libra en las páginas, bocinas y pantallas.

En vez de cegar el manantial se preocuparon por la manguerita.

La prensa en todas partes (y esto lo uso como sinécdote para todos los medios) es lo mismo: una industria paralela del juego político (y de la política empresarial y financiera) cuya utilidad real no consiste en informar al imaginario público, sino en advertir a los grupos en pugna por la hegemonía social sobre los movimientos de sus adversarios y los acomodos y reacomodos de las fuerzas.

En ese sentido, la prensa es el correo entre los grupos y no es para escandalizarse. Esa es su función. Ya después hallamos especialistas maravillosos en otros géneros; grandes cronistas, impares analistas y singulares dibujantes. Ellos son parte del elenco, pero no escriben la trama. El peso editorial fundamental se origina en la capacidad

de "filtrar" información, de deslizar datos en el momento oportuno, de anticipar movimientos y preludiar decisiones administrativas.

En todo ese sendero, la prensa, especialmente esa cuyo

autoproclamado mérito es la exclusividad hasta de la salida del sol, no es sino una disimulada obediencia y a veces complicidad con sus oscuros patrocinadores editoriales.

Y para proteger esa circunstancia, se han instituido algunos "derechos" exclusivos para la prensa. Uno de ellos su garantía de jamás explicar el origen de su información. Basado en la necesidad de proteger a quien pudiera resultar legítimamente perjudicado por la divulgación de información, el "derecho de filtrar" ha construido en torno a sí misma otro blindaje: los periodistas se ponen al margen de cualquier interrogatorio judicial.

De esa manera el círculo se cierra. Quien desea perjudicar a alguien, con cualquier intención, llama al periodista de su confianza y le suelta toda la información. Es un éxito periodístico, una exclusiva; una primicia, pero también un golpe político desde la sombra.

En ese juego de intereses, la prensa se convierte en aquello certeramente definido por Malcolm Lowry: la prostitución masculina del verbo y de la pluma.

Muchos son los favorecidos por esta relación de servidumbre intelectual. A algunos les han pagado bien, a otros no tanto. Algunos siguieron brillando cuando sus patronos del gobierno murieron; algunos salieron como los "ronin" del mundo feudal japonés en busca de un nuevo "shogún" a quien servir. Son "samuráis" (sirvientes) de la letra y la tecla.

Y todo eso estaría muy correcto si no fuera por la persistencia de los baños de pureza sin justificación, o los aires de superioridad cuando en el fondo quienes de esta manera viven y medio informan, no son sino empleados de intereses cuyo nombre nunca se atreven a revelar.

En función de ese derecho, muchos no hacen sino romper la ley impunemente, ahora cuando la impunidad —dicen— es el grave mal de la vida mexicana. Divulgan investigaciones en curso, alertan a los perseguidos, avisan a los fugitivos; exponen a los agentes, cuidan la mina y la hucha.

Continúa en siguiente hoja



Fecha 17.12.2008	Sección Opinión	Página 3
----------------------------	---------------------------	--------------------

Y luego se ponen el disfraz de Francisco Zarco. Nunca como ahora es justa la frase de José Pagés Llergo: “necesitamos un periódico que nos defienda de los demás periódicos...”